

*Jorge J. E. Gracia*  
FE Y RAZON EN ANSELMO<sup>1</sup>

La mayoría de las discusiones sobre este tema yerran porque oponen la fe a la razón<sup>2</sup>, lo cual está lejos de ser la doctrina de Anselmo. La fe tiene un lugar determinado y esencial en el proceso de entendimiento para Anselmo. Es, como repite frecuentemente, el requisito indispensable del verdadero entender<sup>3</sup>. El oponerla a la razón, otro elemento esencial de este proceso, es erróneo. La fe y la razón no se oponen, sino que se complementan.

Un corolario importante de este principio es que la fe no disminuye necesariamente el poder demostrativo de un argumento, su »necesidad racional« como diría Anselmo. Pero los intérpretes del pensamiento anselmiano han enfatizado lo opuesto frecuentemente: Porque la fe desempeña un papel en el proceso de entendimiento disminuye el poder demostrativo de los argumentos utilizados en ese proceso. Si el entender depende tanto de la razón como de la fe, entonces lo que se entiende no tiene poder demostrativo completo, pues depende de los supuestos teológicos que acompañan la fe.

Lo que olvida esta perspectiva es que la participación de la fe en el proceso de entender no afecta necesariamente el carácter demostrativo del proceso. Ni tampoco la dependencia del entender de la fe es tal que siempre destruya la validez de los argumentos propuestos o la certeza demostrativa de la verdad de sus conclusiones.

Para Anselmo el papel de la razón en el proceso de entendimiento es formal, mientras que el de la fe es material. Esto lo muestra claramente el orden de razonamiento presente en el famoso argumento propuesto en el *Proslogion* para probar la existencia de Dios. Allí Anselmo comienza con la fe y es la fe la que provee la definición material de Dios que constituye el fundamento de la demostración:<sup>4</sup>

<sup>1</sup>Sobre este mismo tema véase: Ph. Boehner, *Geschichte der Christlichen Philosophie* (Paderborn, 1937), p. 272 y A. Maurer, *Medieval Philosophy* (Nueva York: Random House, 1962), pp. 49 ss.

<sup>2</sup>Este tema ha sido tratado ampliamente en la filosofía contemporánea. Tanto los analíticos como los neoescolásticos se han preocupado de este asunto, especialmente en lo que respecta al argumento del *Proslogion*, al que nos referiremos más tarde brevemente. Para más detalles bibliográficos véase mi estudio: »The Structural Elements of Necessary Reasons in Anselm and Lull«, *Diálogos* 9 (1973), pp. 105-129.

<sup>3</sup>*Epistola de incarnatione verbi* c. 1; *Epistola de incarnatione verbi prior recensio* 4; *Proslogion* c. 2. Uso siempre la edición crítica de Schmidt en la reproducción de la BAC (*Obras Completas*, 2 vols., Madrid: BAC, 1952-1953).

<sup>4</sup>C. 2; BAC, p. 366. En las citas sigo la traducción de Olivares-Alameda, modificándola cuando lo creo conveniente.

Así, pues, ¡oh Señor!, tú que das el entendimiento de la fe, dame, en cuanto este entendimiento me pueda ser útil, el entender que tú existes, como lo creemos, y que eres lo que creemos. Creemos que eres un ser tal que nada mayor se puede pensar.

Anselmo no encuentra la fórmula 'Dios es tal que nada mayor se puede pensar' por la razón, sino por la fe. El proceso por el cual la encuentra lo describe en la oración del primer capítulo del *Proslogion* que precede a la demostración. Primero el retiro interior y abandono a la voluntad divina:<sup>5</sup>

¡Oh hombrecillo!, sal un momento de tus ocupaciones habituales; ensimímate un instante en ti mismo, lejos del tumulto de tus pensamientos; arroja lejos de ti las preocupaciones agobiadoras, aparta de ti tus trabajosas inquietudes. *Abandónate por un momento a Dios; descansa siquiera un momento en su seno. Entra en el santuario de tu alma, apártate de todo, excepto de Dios y lo que pueda ayudarte a alcanzarlo; búscalo en el silencio de tu soledad...*

Dios, en tono agustiniano, es el Maestro que muestra la vía y provee los medios de conocer su verdad<sup>6</sup>:

Y ahora, oh Señor, Dios mío, enseña a mi corazón dónde y cómo te encontrará, dónde y cómo tiene que buscarte...

Lo que se encuentra, sin embargo, no es un conocimiento positivo, sino un conocimiento en ignorancia, como el pseudo-Areopagita había descrito en su vía negativa<sup>7</sup>:

Desde luego habitas una luz inaccesible. Pero ¿dónde se halla esa luz inaccesible? ¿Cómo me aproximaré a ella? ... Nunca te he visto, Señor Dios mío; no conozco tu rostro...

El hombre está ciego en su condición presente de pecado; ha perdido la luz divina y necesita la ayuda de Dios para encontrarla<sup>8</sup>:

Señor, vuelve tus ojos hacia nosotros, escúchanos, ilumínanos, muéstrate a nosotros... he comenzado a buscarte; no permitas, te supli-

<sup>5</sup>C. I; BAC, p. 360.

<sup>6</sup>*Ibidem.*

<sup>7</sup>*Ibidem.*

<sup>8</sup>*Ibidem.*, p. 364.

co, que yo me retire sin quedar saciado... Enséñame a buscarte... porque no puedo buscarte si no me muestras el camino. No puedo encontrarte si no te haces presente...

Así se establece el orden apropiado del proceso<sup>9</sup>:

Pues no busco entender para creer, sino que creo para llegar a entender. Pues creo lo siguiente: que si no creyese, no llegaría a entender.

El que la fe provea la fórmula constituye precisamente la razón de que la fórmula sea negativa y no positiva, como son otras fórmulas usadas por otros filósofos en demostraciones semejantes (el caso de Descartes, por ejemplo)<sup>10</sup>. Su fundamento y origen se encuentra en la fe y por la fe<sup>11</sup>.

Una vez que se encuentra la fórmula, sin embargo, la razón se hace cargo del proceso, analizando sus implicaciones. Una de éstas es que »un ser tal que nada mayor se puede pensar« tiene que existir tanto en el pensamiento como en la realidad, ya que el proponerlo sólo en el pensamiento crearía una contradicción con su definición<sup>12</sup>. Es por esta razón que Anselmo concluye al final del capítulo cuarto del *Proslogion*<sup>13</sup>:

Gracias, pues, te sean dadas, ¡oh Señor! Porque lo que he creído al principio por el don que me has hecho (fe), lo entiendo ahora por la luz con que me iluminas (razón), y aun cuando no lo quisiera creer (que Dios existe), no podría entenderlo.

El problema de la validez del argumento es, por lo tanto, una cuestión diferente del problema de la verdad de los supuestos teológicos de Anselmo. El poder demostrativo del argumento, sea cual fuere<sup>15</sup>, es independiente

<sup>9</sup> *Ibidem.*, p. 366.

<sup>10</sup> La fórmula de Descartes ('un ser supremamente perfecto') no se presenta como un producto de la fe, sino como una idea innata cuyo origen necesita explicación causal. He comparado esta fórmula con la de Anselmo en mi artículo: »A Supremely Great Being«, *The New Scholasticism* 47 (1974), pp. 371-77.

<sup>11</sup> La fe, para Anselmo, tiene que ver con autoridad, las escrituras y las obras y sentencias de los Padres. Hay muchos lugares en las Escrituras que pueden haber dado origen a la fórmula, pero aún más sorprendentes son los textos de San Agustín en *De libero arbitrio* II, 14 y *De doctrina christiana* I, 7, 7.

<sup>12</sup> Esta fórmula tiene otras muchas implicaciones, pues su fin no es sólo el probar que Dios existe, sino también que El es el bien supremo, etc., como Anselmo señala claramente en el Prólogo del *Proslogion*.

<sup>13</sup> *Proslogion* cs. 2 y 3.

<sup>14</sup> *Ibid.*, c. 4; BAC, p. 370.

<sup>15</sup> No juzgo en este ensayo la validez del argumento, por supuesto.

de las preocupaciones y supuestos teológicos de Anselmo, aunque es evidente que Anselmo pensaba que la fórmula, fundamento del argumento, era producto de su fe. Tanto la historia (lo que Anselmo pensaba) como la lógica (lo que Anselmo debía pensar) testifican de este hecho. El filósofo, entonces, puede examinar el problema de la validez del argumento e ignorar cuestiones relacionadas a la verdad de los supuestos teológicos anselmianos o de las doctrinas teológicas en que se fundamentan. De hecho, para determinar la primera cuestión basta el haber leído los capítulos segundo al cuarto del *Proslogion*, mientras que para determinar la última se necesita un conocimiento a fondo de toda la obra anselmiana.

En conclusión, no hay conexión necesaria entre el poder demostrativo y la validez de los argumentos que Anselmo propone y los supuestos teológicos de que dependan. La conexión es accidental, dependiendo de los supuestos teológicos aceptados por la fe y empleados en un argumento determinado. En algunos casos la fe viene a ser el cimiento del edificio racional que si se quita causa la caída de todo el edificio; en otros, sin embargo, como ya vimos en el caso del argumento ontológico, es más como una escalera que ayuda a subir a la parte más alta de un edificio, pero una vez allí se le puede dar un puntapié, sin mayores consecuencias para el entendimiento.

*State University of New York at Buffalo*